

mente al pueblo, con el vino lo que con los tejidos, y en general con todos los artículos y mercancías creadas para el consumo de las clases pobres. El pensamiento es siempre el mismo: reducir, por cualesquiera procedimientos, los gastos de fabricación, para sostener con ventaja la concurrencia contra los compañeros más afortunados ó más ricos, y también para servir á esa innumerable clientela de desheredados que no pueden poner precio á nada desde el momento en que su cualidad es buena. Producido por las vías ordinarias, el vino cuesta demasiado caro para la masa de los consumidores; corre peligro de quedar en las bodegas de los vendedores. El fabricante de vinos, ya que no puede hacer mecánico el cultivo, elude la dificultad buscando medio de poner el precioso líquido al alcance de todo el mundo, con ayuda de ciertas mezclas. Ciertos salvajes, en tiempo de carestía, comen tierra; el obrero civilizado bebe agua. Malthus fué un gran genio.

En lo que toca al aumento de la vida media, reconozco la sinceridad del hecho; pero declaro al mismo tiempo defectuosa la observación. Expliquémonos. Supongamos una población de diez millones de almas: si, por la causa que se quiera, la vida media viniese á aumentarse de cinco años para un millón de individuos, continuando en cebarse la mortalidad, del mismo modo que ántes, sobre los otros nueve millones, resultaría, distribuyendo este aumento sobre la totalidad, que la vida media habría aumentado para cada uno en seis meses. Sucede con la vida media, pretendido indicio del bienestar medio, lo que con la instrucción media: no cesa de subir el nivel de los conocimientos, sin que por esto deje de haber hoy en Francia tantos bárbaros como en tiempo de Francisco I. Los charlatanes que se proponían explotar los ferro-carriles metieron gran ruido con la im-

portancia que, según ellos, tenía la locomotora para la circulación de las ideas; y los economistas que andan siempre al acecho de esas bagatelas de la civilización, no dejaron de repetir esta insigne tontería.— ¡Como si las ideas para propagarse tuviesen necesidad de locomotoras! ¿Quién impide que las ideas circulen desde el Instituto á los arrabales de Saint-Antoine y Saint-Marceau, ni á las estrechas y miserables calles de la Cité y del Marais, ni á ninguno de los puntos donde habita todavía esa multitud aún más desprovista de ideas que de pan? ¿De qué procede que entre un parisiense y un parisiense, á pesar de los *omnibus* y del correo interior, haya una distancia tres veces mayor que en el siglo XIV?

La influencia subversiva de las máquinas sobre la economía social y la condición de los trabajadores se ejerce de mil maneras, que se encadenan y se atraen recíprocamente: á ella son debidos en gran parte la falta de trabajo, la reducción de los salarios, la producción excesiva, el hacinamiento, la alteración y la falsificación de los productos, las quiebras, la privación para los obreros de la industria que ejercieron, la degeneración de la especie, y finalmente, las enfermedades y la muerte.

Ha observado el mismo D. Teodoro Fix, que de cincuenta años acá, había disminuido de algunos milímetros la estatura del hombre en Francia. Esta observación vale la de hace poco: veamos sobre quién recae esa disminución.

En un dictámen leído en la Academia de Ciencias morales sobre los resultados de la ley de 22 de Marzo de 1841, Leon Faucher se expresaba en estos términos: « Los jornaleros jóvenes están pálidos, son débiles y de pequeña estatura, y tan tardos en sus pensamientos como en sus movimientos. A los catorce ó quince años no están más desarrollados que los ni-

ños de nueve á diez años en el estado normal. En cuanto al desarrollo de su entendimiento y su conciencia, los hay que á los trece años no tienen siquiera idea de Dios, ni han oído hablar jamás de sus deberes, habiendo tenido por primera escuela de moral la negra cárcel.»

Esto vió Leon Faucher con gran disgusto de Carlos Dupin, y esto declaró irremediable por la ley de 22 de Marzo. Y no hay, por cierto, para qué nos enojemos de la impotencia del legislador: el mal procede de una causa tan necesaria para nosotros como el sol; y en el lodazal en que estamos sumergidos, no harían más que empeorar la situación así nuestras iras como nuestros paliativos. Sí, mientras hacen la ciencia y la industria tan maravillosos progresos, á ménos que cambie de repente el centro de gravedad de la civilizaci6n, es indispensable que vaya menguando la inteligencia y el bienestar del proletario. Mientras se alarga y mejora la vida para las clases acomodadas, es fatal que empeore y se acorte para los menesterosos. Esto es lo que resulta de los escritos de los hombres que mejor piensan, quiero decir, de los más optimistas.

Segun el Sr. de Morogues, hay en Francia 7.500.000 hombres que no disponen sino de 91 francos por año, ó sea 25 céntimos por día. ¡Cinco sueldos! ¡cinco sueldos! ¿Hay, pues, algo de profético en ese odioso estribillo?

En Inglaterra (excluidas Escocia é Irlanda), la contribucion para los pobres era:

1804	—	4.078.894 lib. est.	para una poblacion de	8.872.980
1818	—	7.870.801	—	11.978.875
1833	—	8.000.000	—	14.000.000

El progreso de la miseria ha sido, por lo tanto, más rápido que el de la poblacion: ¿qué son ya en presencia de este hecho las hipótesis de Malthus?—Y

es con todo indudable que en la misma época habia aumentado el término medio del bienestar: ¿qué significan, por lo tanto, las estadísticas?

La relacion de mortalidad para el primer distrito de París es de un habitante por cincuenta y dos, y para el duodécimo el de uno por veinte y seis. Cuenta, pues, este último, un pobre por cada siete habitantes, al paso que el otro no cuenta más que uno por veinte y ocho. Esto no obsta para que la vida media haya aumentado en París, como Fix ha observado perfectamente.

En Mulhouse, las probabilidades de la vida media son de veinte y nueve años para los hijos de las clases acomodadas, y sólo de dos para los de las clases jornaleras:—en 1812, era la vida media en la misma localidad de veinte y cinco años, nueve meses y doce días, mientras que en 1827 no era ya más que de veinte y un años y nueve meses. Y, sin embargo, la vida media aumenta para toda la Francia. ¿Qué quiere decir esto?

El Sr. Blanqui, no pudiendo explicarse á la vez tanta prosperidad y tanta miseria, exclama en alguna parte: «El aumento de produccion no es aumento de riqueza..... Por lo contrario, se difunde más la miseria á medida que se concentra la industria. Preciso es que haya algun vicio radical en un sistema que no da seguridad alguna ni para el capital ni para el trabajo, y parece multiplicar las dificultades de los productores, al mismo tiempo que les obliga á multiplicar sus productos.»

No hay aquí vicio radical alguno. Lo que pasma al Sr. Blanqui es pura y simplemente lo que la Academia de que forma parte pide que se determine: son las oscilaciones del péndulo económico, del VALOR, que dan alternativa y uniformemente sobre el mal y el bien, mientras no haya dado la hora de la ecua-

cion universal. Si se me permite otra comparacion, la humanidad en su marcha es como una columna de soldados, que, habiendo empezado á marchar al mismo paso, y en un mismo instante, á los acompañados redobles del tambor, pierden poco á poco sus distancias. Todo adelanta; pero se prolonga sin cesar la distancia de la cabeza á la cola, siendo un efecto necesario del movimiento que haya rezagados y extraviados.

Pero conviene penetrar áun más en la antinomia. Las máquinas nos prometian un aumento de riqueza y han cumplido su palabra, pero dándonos de un mismo golpe un aumento de miseria.—Nos prometian tambien la libertad, y voy á probar que nos han traído la esclavitud.

He dicho que la determinacion del valor, y con ella las tribulaciones de la sociedad, empezaban en la division de las industrias, sin la cual no podia existir ni cambio, ni riqueza, ni progreso. El período que en estos momentos recorremos, el de las máquinas, se distingue por un carácter particular: el SALARIADO.

El salariado descende en línea recta del empleo de las máquinas, es decir, para dar á mi pensamiento toda la generalidad de expresion que reclama, de la ficcion económica por la que el capital se hace agente de produccion. El salariado, por fin, posterior á la division del trabajo y al cambio, es el correlativo obligado de la teoría de la reduccion de los gastos, cualquiera que sea el modo como esta reduccion se obtenga. Esta genealogía es demasiado interesante para no detenernos á decir sobre ella algunas palabras.

La primera, la más sencilla, la más poderosa de las máquinas, es el *taller*.

La division no hacia más que separar las diversas partes del trabajo, dejando que cada uno se entregara

á la especialidad que más le gustase: el taller agrupa á los trabajadores segun la relacion de cada parte con el todo. Esta es, en su forma más elemental, el equilibrio de los valores, que los economistas han declarado de imposible hallazgo. Ahora bien, por medio del taller va á aumentarse la produccion y al mismo tiempo el déficit.

Ha observado uno, que dividiendo la produccion y sus diversas partes, y haciendo ejecutar cada una de ellas por un obrero aparte, podia obtener una multiplicacion de fuerza, cuyo producto fuese de mucho superior á la suma de trabajo que da el mismo número de obreros, cuando no está dividido el trabajo.

Cogiendo el hilo de esa idea dijo, para sus adentros, que formando un grupo permanente de trabajadores acomodados al objeto especial que se proponia, habia de obtener una produccion más sostenida, más abundante y ménos costosa. No es, por lo demás, indispensable que los obreros estén reunidos en el mismo local: no depende esencialmente la existencia del taller de este contacto; resulta sí de la relacion y de la proporcion de las diferentes partes del trabajo y del pensamiento comun que les dirige. La reunion en un mismo lugar puede, en una palabra, ofrecer ventajas que no son para despreciadas; pero no constituye el taller.

Hé aquí pues la proposicion que hace el especulador á los que desea por colaboradores: os *garantizaré* para siempre la colocacion de vuestros productos si quereis tomarme por comprador ó por intermedio. El trato es tan evidentemente ventajoso, que la proposicion no puede dejar de ser aceptada. El jornalero encuentra en ella trabajo continuo, precio fijo y seguridad, y el empresario, por su parte, mayor facilidad para la venta, puesto que produce con ménos gasto y puede bajar algun tanto los precios, obteniendo al fin

beneficios más considerables á causa de la mayor extension de sus negocios. Ni podrá haber nadie, incluso el público y los magistrados, que no felicite al autor de la proposicion, por haber aumentado la riqueza social con sus combinaciones, ni nadie tampoco que no le vote una recompensa.

Mas, desde luego, quien dice reduccion de gastos, dice reduccion de servicios, no á la verdad dentro del nuevo taller, pero sí para los trabajadores que han quedado fuera, y tambien para muchos otros cuyos servicios accesorios serán, andando el tiempo, ménos solicitados. Así toda formacion de taller corresponde á una disminucion de trabajadores, asercion que por contradictoria que parezca, es tan verdadera respecto del taller como de la máquina.

Conviene en ello los economistas; pero repiten aquí su cantinela de siempre, que despues de transcurrido cierto tiempo, habiendo aumentado la demanda del producto á proporcion de la rebaja del precio, concluirá el trabajo por ser á su vez más solicitado que ántes. CON EL TIEMPO se restablecerá á no dudar el equilibrio; pero, lo repito, no se restablecerá el equilibrio en un punto que no esté roto en otro; porque el trabajo, del mismo modo que el espíritu inventivo, no se detiene nunca. Y ¿qué teoría podría justificar esas perpétuas hecatombes? «Cuando se haya reducido, decia el Sr. Sismondi, á la cuarta ó á la quinta parte de lo que hoy es el número de los braceros, no habrá tampoco necesidad sino de la cuarta ó quinta parte de sacerdotes, médicos, etc. Cuando se les haya eliminado del todo, cabrá tambien pasar sin el género humano.» Esto sucedería efectivamente, si para poner el trabajo de cada máquina en relacion con las necesidades del consumo, es decir, para restablecer la proporcion continuamente destruida de los valores, no se hiciese necesario crear in-

cesantemente nuevas máquinas, abrir nuevos mercados, y, por consiguiente, multiplicar los servicios y desalojar otros brazos. De suerte que por un lado la industria y la riqueza, y por otro la poblacion y la miseria, marchan, por decirlo así, en dos hileras y tirando siempre la una de la otra.

He presentado al empresario, en los albores de la industria, tratando de igual á igual con sus camaradas, que han venido más tarde á ser sus *jornaleros*. Es á la verdad sensible que esa igualdad primitiva haya desaparecido rápidamente, debido á la ventajosa posicion del maestro y á la dependencia de los asalariados. En vano la ley concede á todos y á cada uno el derecho de hacerse empresario á su vez, así como tambien la facultad de trabajar solo y vender directamente sus productos. La hipótesis hace impracticable este último recurso, puesto que el taller ha tenido por objeto destruir el trabajo aislado. En cuanto al derecho de tener taller propio y establecerse, sucede con la industria lo que con la agricultura: lo de saber trabajar es lo de ménos; lo que importa es llegar á tiempo, porque la lonja como la tierra es del primero que la ocupa. Cuando un establecimiento ha conseguido desarrollarse, ensanchar sus bases, lastrarse con capitales, y asegurarse una buena parroquia; ¿qué ha de poder contra una fuerza tan superior un jornalero que no tiene más que sus brazos? Así, no por un acto arbitrario del soberano poder, ni por una usurpacion fortuita y brutal, se habian establecido en la Edad media los gremios y las veedurías: la fuerza de las cosas las habia creado mucho tiempo ántes de haberles dado una consagracion legal los edictos de los reyes, no siendo extraño que despues de la reforma de 1789 las veamos reconstituidas á nuestra vista con una energía cien veces más espantosa. Abandónese el trabajo

á sus propias tendencias, y se tendrá de seguro reducidas á servidumbre las tres cuartas partes del género humano.

Pero no está aquí todo. La máquina ó el taller, despues de haber degradado al trabajador dándole un maestro, acaba de envilecerle, haciéndole bajar del rango de artesano al de peon.

En otro tiempo la poblacion de las orillas del Saona y del Ródano se componía en gran parte de marineros dedicados todos á conducir barcas á fuerza, ya de caballos, ya de remos. Hoy, establecidos en toda la línea los remolcadores de vapor, como los marineros no pueden vivir ya de su profesion, ó pasan holgando las tres cuartas partes de la vida, ó se hacen fogoneros.

Cuando no la miseria, la degradacion: tal es la triste suerte á que conducen las máquinas al obrero. Porque sucede con una máquina lo que con una pieza de artillería: todos los que ésta ocupa, si se exceptúa el capitán, son meros *sirvientes*, esclavos.

Desde el establecimiento de las grandes fábricas han desaparecido del hogar doméstico una multitud de pequeñas industrias: ¿se cree acaso que los obreros á 50 y 75 céntimos sean tan inteligentes como sus abuelos?

«Despues de hecho el ferro-carril de París á San German, dice el Sr. Dunoyer, se ha establecido entre el Pecq y una multitud de localidades más ó ménos próximas un número tal de ómnibus y de coches, que contra toda prevision la línea férrea ha aumentado en una proporcion considerable el empleo de los caballos.»

¡Contra toda prevision! No hay más que un economista que pueda dejar de prever estos casos. Multiplicad las máquinas, y aumentáis el trabajo penoso y repugnante: este apotegma es tan seguro como el

más seguro entre los que datan del diluvio. Acúseme, si se quiere, de malevolencia para con la más bella invencion de nuestro siglo: nada obstará para que diga que el principal resultado de los ferro-carriles, despues de la servidumbre de la pequeña industria, será crear una poblacion de trabajadores degradados, camineros, barrenderos, cargadores, descargadores, carretoneros, guardas, porteros, pesadores, engrasadores, limpiadores, fogoneros, bombos, etc. Cuatro mil kilómetros de ferro-carriles darán á la Francia otros 50.000 siervos: no serán sin duda esas gentes para las que pida el Sr. Chevalier escuelas profesionales.

Se dirá tal vez que habiéndose aumentado á proporcion la masa de los trasportes mucho más que el número de los jornaleros, la diferencia redunda toda en pró del ferro-carril, y en suma hay progreso. Cabe hasta generalizar la observacion y aplicar el mismo raciocinio á todas las industrias.

Mas precisamente lo general del fenómeno es lo que hace resaltar el esclavizamiento de los obreros. En la industria el primer papel es para las máquinas, el segundo para el hombre: todo el ingenio desplegado por el trabajo embrutece al fin al jornalero. ¡Qué gloriosa nacion la nuestra, cuando de 40 millones de habitantes cuente hasta 35 de gañanes, covachuelistas y criados!

Con la máquina y el taller el derecho divino, es decir, el principio de autoridad, penetra en la economía política. Capital, Maestría, Privilegio, Monopolio, Comandita, Crédito, Propiedad, etc., tales son en el lenguaje económico los diversos nombres de ese no sé qué que en otra parte se llama Poder, Autoridad, Soberanía, Ley escrita, Revelacion, Religion, por fin, Dios, causa y principio de todas nuestras miserias y de todos nuestros crímenes, que cuanto

más tratamos de definir, tanto más se nos escapa.

¿Será, pues, imposible que en el actual estado de la sociedad, el taller con su organización gerárquica y las máquinas, en vez de favorecer exclusivamente los intereses de la clase menos numerosa, menos trabajadora y más rica, sean empleados de manera que redunden en bien de todos?

Esto vamos á examinar.

§ III. Preservativos contra la desastrosa influencia de las máquinas.

Reduccion de mano de obra, es sinónimo de baja de precio, y por consecuencia de aumento de cambios, puesto que el consumidor compra siempre más si paga menos.

Pero reduccion de mano de obra, es también sinónimo de restriccion del mercado, puesto que si el comprador gana menos, comprará también menos. Así sucede en efecto. La concentracion de fuerzas en el taller, y la intervencion del capital en la produccion bajo el nombre de máquinas, engendran á la vez la excesiva produccion y la miseria; azotes más espantosos que el incendio y la peste, que todo el mundo ha visto desarrollarse en nuestros días, en la más vasta escala, y con voraz intensidad. Es, empero, imposible que retrocedamos: conviene producir, producir siempre y producir barato; sin esto, la existencia de la sociedad estaria gravemente comprometida. El trabajador, que para salvarse del embrutecimiento con que le amenazaba el principio de division, habia creado tantas maravillosas máquinas, se encuentra por sus propias obras ó inhabilitado ó subyugado. ¿Qué medios se proponen contra esa alternativa?

El Sr. Sismondi, con todos los hombres de ideas patriarcales, quisiera que se abandonase la division

del trabajo con las máquinas y las fábricas, y volviese cada familia al sistema de indivision primitiva, es decir, *al cada uno en su casa, cada uno para sí*, en la acepcion más literal de la palabra. — Pero esto es retroceder, y por lo tanto imposible.

El Sr. Blanqui vuelve á la carga con su proyecto de participacion del obrero en los beneficios y el establecimiento en comandita de todas las industrias en provecho del trabajador colectivo. — He demostrado ya que este proyecto comprometia la fortuna pública sin mejorar de una manera ostensible la suerte de los trabajadores; y el mismo Sr. Blanqui parece haberse adherido á la misma opinion. ¿Cómo conciliar, en efecto, esta participacion del obrero en los beneficios con los derechos de los inventores, empresarios y capitalistas, de los cuales unos tienen que reembolsarse de fuertes anticipos y de largos y penosos esfuerzos, otros han de exponer sin cesar su fortuna ya adquirida y correr solos los riesgos de empresas muchas veces muy aventuradas, y en que los terceros, por fin, no podrian sobrellevar una reduccion en el tipo de sus intereses sin perder en cierto modo sus ahorros? ¿Cómo, en una palabra, hacer compatible la igualdad que se quisiera establecer entre los trabajadores y los maestros, con la preponderancia que no es posible quitar á los jefes de los establecimientos, á los comanditarios ni á los inventores, preponderancia que implica claramente para ellos el goce exclusivo de los beneficios? Decretar por una ley la participacion de los jornaleros en los beneficios de los maestros, seria decretar la disolucion de la sociedad: los economistas lo han comprendido tan bien, que han terminado por convertir en una súplica á los maestros lo que en un principio habian concebido como un proyecto. Ahora bien, interin el hombre asalariado no goce de otro provecho